

La docencia: mi vocación y compromiso

María del Rocío Ofelia Ruiz

Doctora en Ciencias de la Educación. Académica de la Licenciatura en Educación Primaria de la Benemérita y Centenaria Escuela Normal Oficial de Guanajuato. m_rocior@bcenog.edu.mx

Hay eventos que marcan nuestra vida para siempre, sobre todo en la docencia. Durante varias décadas, nos acostumbramos como sociedad a una existencia relativamente pacífica, con la oportunidad de disfrutar, al menos desde nuestra óptica individual, de un cierto confort y una buena esperanza de vida. Cuando a principios de 2020 tuvimos que enfrentar la pandemia de SARS Cov2, sufrimos situaciones para las que no estábamos preparados: el confinamiento (necesario para evitar el desbordamiento de la enfermedad), el temor de que el creciente número de contagios alcanzara a nuestros familiares y a nosotros mismos, la incertidumbre del daño a la economía del país y su posible efecto a nuestra situación laboral y muchas más.

En nuestra profesión nos acostumbramos a desarrollarla en forma presencial, con una interacción directa y cercana con los estudiantes, utilizando los espacios, el equipo y todas las facilidades de que dispone la institución educativa. Por eso fue tan difícil para los docentes tener que impartir las clases y asesorías desde nuestros hogares, que se convirtieron en salón de usos múltiples, con recursos deficientes (sobre todo el Internet) y sin un horario fijo. Nuestra vida personal se vio bastante afectada. En la educación superior también asumimos el rol que en ese momento era impuesto por las circunstancias sanitarias, con la incertidumbre de no saber hasta cuando regresaríamos a nuestras aulas y sobre todo sin saber si la pandemia causaría una deserción masiva entre los estudiantes u otro problema mayor.

En mi caso particular, como formador de formadores dentro de una escuela Normal, me fijé como meta el llevar a cabo y con toda regularidad la impartición de los cursos contemplados en la malla cu-

ricular de la Licenciatura en Educación Primaria. Tuve dos grupos de nuevo ingreso y fungí también como su tutora, también fui asesora metodológica de seis alumnos que comenzaban a elaborar su documento recepcional. De manera inmediata me di cuenta de mis escasos conocimientos sobre las plataformas digitales educativas, y, aun así tuve que asumir la responsabilidad de impartir las clases con la nueva forma de llevarlas a cabo: totalmente en línea, de manera sincrónica o asincrónica. Mi compromiso y el de muchos compañeros docentes, era que los estudiantes obtuvieran los aprendizajes esenciales en este, su primer año de carrera, aún sin haber tenido la oportunidad de interactuar y conocernos personalmente. Sentí además la obligación profesional y moral de buscar los medios para proporcionar acompañamiento individual a los estudiantes que así lo requirieran.

Dadas las circunstancias adversas, fue muy bueno que la impartición de los cursos mencionados se llevara cabo en tiempo y forma. Traté de dar confianza a los estudiantes que, aun teniendo la misma incertidumbre, mostraron altas expectativas al sentirse alumnos de una institución formadora de docentes. Por desconocer físicamente la escuela Normal, la vida en las aulas, la convivencia con sus compañeros y la dinámica del ir y venir por pasillos, escaleras y otros espacios, el sentido de pertenencia tardó en arraigarse en algunos de ellos; aun así, trabajaron acorde a lo esperado. Los propósitos del programa de estudio se cumplieron cabalmente en los dos semestres.

De manera paralela, se trabajó como tutora de manera grupal e individual, apoyando y acompañando a quienes tenían necesidad de ser escuchados en sus inquietudes, dudas y hasta en sus sentimientos de duelo y pérdida de seres queridos que no lograron superar el contagio; sin embargo y pese a esta situación que nos afectó a todos, puedo decir que el ciclo escolar 2020-2021, nos dejó enseñanzas que nos hicieron más resilientes ante situaciones dolorosas que no podíamos controlar y que tanto a maestros como alumnos nos tocó enfrentar en forma cotidiana; el temor, la intranquilidad y la incertidumbre se hicieron presentes todo el tiempo por ser responsable de la permanencia, la aprobación y la no deserción escolar de mis alumnos. Lo que en ese

momento pesaba sobre mis hombros, se convirtió en un reto más ante las difíciles circunstancias existentes.

Uno de los mayores desafíos como docente en este ciclo escolar, además de lograr la permanencia de los alumnos recién inscritos en la licenciatura, fue lograr la propia actualización al aprender el uso de herramientas tecnológicas que apoyaran la comunicación entre el docente y los estudiantes, a pesar de lo desfavorable del panorama social. Para la realización de las actividades educativas resultó indispensable la utilización de equipos electrónicos como computadoras, tabletas y teléfonos celulares, aun cuando no se tenían de todo contemplados para el uso educativo cotidiano y no siempre estuvieron al alcance de todos. Personalmente como responsable directa de los cursos, tuve la satisfacción de terminar el ciclo escolar con el total de alumnos inscritos desde el inicio, todos con buenas calificaciones. Mis asesorados culminaron su documento recepcional, lo que los llevó a su examen recepcional (también en línea) en donde todos aprobaron por unanimidad y algunos con felicitación.

Viendo en retrospectiva el azote de la pandemia me pregunto: ¿cómo pudimos como sociedad enfrentar esa situación tan delicada? ¿Qué angustias pasaron millones de personas que “vivían al día” y perdieron el trabajo? ¿De dónde sacaron fuerzas los heroicos trabajadores de la salud: médicos y enfermeras que arriesgaron sus vidas (sucumbiendo muchos, entre ellos mi hijo) para cuidarnos? Dentro de todos estos cuestionamientos, hay que reconocer que nuestras autoridades hicieron muy bien su trabajo habilitando hospitales y consiguiendo medicamentos y vacunas que escasearon muchísimo; todos estábamos en sus manos y muchas vidas dependían de sus decisiones.

¿Que nos tocó hacer a los docentes?, evitar que el sistema educativo colapsara totalmente, ayudar a superar la situación y el posible rezago educativo, enseñar y acompañar a los alumnos aun habiendo sufrido pérdidas irreparables. De esta forma pagamos una deuda que siempre tendremos con todos los profesores, que en su momento nos enseñaron y guiaron para formar de nosotros lo que somos ahora. En

mi caso, gracias a excelentes maestros que he tenido a lo largo de mi formación profesional, soy docente por vocación y por convicción.

Ahora me doy cuenta de que, durante la pandemia, muchos docentes nos abrumamos con las condiciones difíciles en que desempeñamos nuestro trabajo. Desde luego que nuestra visión estaba limitada por nuestro entorno cercano, cuando las condiciones de trabajo eran muy diferentes a lo que estábamos acostumbrados. La triste situación en la pandemia motivó que nos quejáramos de que las autoridades nos obligaran a tomar cursos, talleres u otras actividades para adquirir los elementos y conocimientos necesarios para llevar a cabo nuestra labor docente y que lo hiciéramos frecuentemente fuera de la jornada laboral. Esto originó en muchos de nosotros un sentimiento de frustración y estrés, además de un sentimiento de abandono y falta de comprensión; esto fue porque no consideramos ni visualizamos el panorama a una escala mayor, a nivel estatal o federal, nos faltó ponernos en los zapatos de los funcionarios que enfrentaron el problema sanitario, económico y educativo.

De la crisis salimos fortalecidos, en un tiempo récord tuvimos que aprender a usar plataformas como Meet, Moodle, Teams, Classroom y todas aquellas que en su momento proliferaron ante la necesidad sacar adelante a los alumnos a nuestro cargo. También tuvimos que conocer y usar las aplicaciones y redes sociales que permitieran tanto elaborar trabajos como socializarlos de una manera atractiva para todos los implicados. Pasamos largas jornadas de trabajo frente a una pantalla a la cual le hablábamos sin, a veces, tener respuesta y sin saber cuántos alumnos estaban conectados, había un sinnúmero de actividades planeadas, horas de actualizaciones, atención a padres de familia y autoridades hasta altas horas de la noche, incluyendo fines de semana. Dedicamos gran parte de nuestra vida a la atención de aquellos que fueron y son nuestra razón de ser: los estudiantes.

Es cierto que nadie sabía con certeza cómo enfrentar lo que estaba sucediendo, uno de tantos retos de los maestros, fue el tener que dividirnos entre la capacitación, las clases y la vida personal. A veces tuvimos la sensación de que a toda la sociedad le preocupaban los

alumnos y en menor grado los docentes; queríamos que voltearan a ver cómo estábamos los maestros, que sufríamos por la familia y enfrentamos en soledad nuestras propias pérdidas.

Hoy, a tres años de esa reclusión en nuestros hogares, reconozco que la docencia fue mi tabla de salvación en momentos de pérdida y sufrimiento infinito; reconozco que siempre tendré un compromiso con los estudiantes de quienes recibí calidez y amor fraterno virtuales desde una pantalla. A pesar de todo lo sucedido, la mejor experiencia durante todo este ciclo escolar fue el tener alumnos comprensivos y comprometidos con su propia decisión de ser docentes. Los vi en algunas ocasiones tras la pantalla con sus rostros dubitativos, llenos de incertidumbre, pero con el mayor optimismo al ingresar a una escuela Normal para cumplir con su vocación de ser maestros. Esto fue sin duda el alimento que palió un poco lo difícil de la situación.

Finalmente puedo expresar que la docencia es una forma de vida llena de contradicciones, a veces con frustración e impotencia ante situaciones ajenas a nuestra acción educativa, pero también es fuente de grandes alegrías y satisfacción, al ver a nuestros estudiantes frente a su propio grupo. Los maestros fuimos, somos y seremos quienes, a pesar de todo, estaremos en cada ciclo escolar recibiendo nuevos alumnos. La docencia nos hace visualizar un porvenir mejor, lleno saberes y con sentimientos que gustosos viviremos una y otra vez.